

Antecedentes de la hotelería y la gastronomía en Concordia

Por Ricardo Marcó Muñoa

1. Sus modestos orígenes

El puerto de San Antonio del Salto Chico, levantado por decisión del Cabildo de Yapeyú en 1769, fue el segundo asentamiento en la provincia de Entre Ríos y la primera población formal en suelo entrerriano sobre el río Uruguay. Fue asimismo el germen de la actual ciudad de Concordia, que renació como tal por imperio de una ley de 1831 (Poenitz, 1981). Lugar obligado de posta, allí se alojaron D. Santiago de Liniers, D. Juan de San Martín con su familia, el gobernador de Buenos Aires D. Mauricio Bruno de Zabala y el obispo de Buenos Aires D. Benito Lue y Riega durante su visita pastoral de 1805, además de numerosos jesuitas.

En una crónica de 1796 (Francisco de Aguirre) leemos que era *un pueblito regular, (que) tiene administrador desde 1781*. Había allí una capilla *con paredes de piedra y techo de paja, con altar de piedra; un cementerio cercado, un depósito o almacén grande para las haciendas, seis casas para alojamientos, veintitrés casas de naturales, una cárcel*, entre otras

construcciones. Las *seis casas para alojamientos*, fueron sin duda las que recibieron a los ilustres visitantes antes nombrados.

Medio siglo después un viajero inglés (William Mc Cann, edic. de 1969), en su segunda visita, anota que Concordia está “*destinada a adquirir mucha importancia, (...) y apunta que doce años atrás algunos pocos ranchos bastaban para contener a toda la población, que al presente suman unos mil habitantes*”. Describe luego las casas y enumera algunos edificios destacados: “*un establecimiento para la manufactura del sebo, que ha cesado de trabajar, una iglesia modesta y una escuela bastante grande y bien edificada*”, pero nada dice de fondas, posadas o lugares para alojarse.

La escuela citada ocupó el predio de las actuales calles Urquiza y Mitre, donde después estuvo el primer edificio municipal. Era aquel “*un buen edificio de material, lujo en la época, (y) como era la mejor casa de la Villa, allí se celebraban todas las grandes fiestas de la población (...) Allí se dio el gran baile (...) el 9 de Agosto de 1850, con motivo de la erección de la pirámide en la Plaza de Mayo en homenaje al gobernador general Urquiza y que constituyó el más grande acontecimiento social de Concordia desde su fundación*” (Antonio Castro), que comenzó con una cena fría y concluyó con un baile hasta las primeras horas de la madrugada, durante el cual las damas tomaron refrescos y los caballeros jerez y oporto. Por décadas este salón de la escuela siguió siendo lugar de bailes, banquetes y reuniones sociales y políticas, ante la carencia de otros más aptos.

Sin embargo, desde mediados del siglo XIX funcionó también frente a la plaza, en la esquina SO de calles Urquiza y 1° de Mayo, el “*Club de Francisco Miret*”. “*Un club con fonda, billares y pulpería, algo así como un salón de entretenimientos de aquella época*”, que ocupó un rancho con piezas interiores y fondo (Arena, 1995, pp. 95, 96), y cerró sus puertas en 1870, por quiebra. Durante esas décadas fue alojamiento obligado de viajeros, casa de comidas y lugar de tertulia vespertina de los hombres de la villa.

Aquel año el hotel “La Provincia”, propiedad del coronel uruguayo Aberastury, ubicado en la actual calle Entre Ríos N° 526, fue escenario de un trágico suceso. Este “hotel” era lugar de reunión de vecinos y parroquianos al caer la tarde, para compartir la tertulia, una copa y el juego de cartas, a la vez que fonda donde comían los escasos viajeros que llegaban a la ciudad. La noche del 11 de abril de 1870, tras haber sido asesinado el general Urquiza en San José, un grupo de conjurados mató aquí a Justo

Carmelo de Urquiza, jefe político de Concordia, en medio de una partida de naipes, mientras otro hijo del general, el coronel Waldino de Urquiza, Comandante militar del Departamento, era tomado prisionero en su casa (frente a la plaza principal donde años después se construyó el Hotel Colón) y asesinado poco después en los alrededores de la ciudad.

En 1874, Sarmiento, presidente de la República, viajó a Concordia para inaugurar el tramo de Ferrocarril a Federación. Llegó por barco desde Buenos Aires, en un viaje que mereció una crónica periodística publicada en 1878, en la que elogia el paisaje y emplazamiento de la ciudad para la que vislumbra un futuro “turístico”. Pero opina que las posibilidades de alojamiento en los hoteles locales son limitadas: “*Las comodidades domésticas que los actuales hoteles ofrecen o las casas de alquiler en la villa, bastarían hoy para la escasa concurrencia, la que aumentando, haría que nada faltase, que ese es por fortuna el don de creación de la demanda, donde hay vapores por mensajerías y una gran ciudad por almacén de depósito. (...)*”

Finaliza su crónica diciendo que *La Concordia, como lugar de recreo, sería (...) un complemento de la existencia de Buenos Aires, con algo que parece un viaje, aunque lo sea de horas, mucho y muy bello de navegación fluvial por país accidentado y al extremo una verdadera vida de campo con agua, bosques, excursiones y verdadero cambio de escena y de vida.*” (Sarmiento, 1953)

La observación de Sarmiento sobre los alojamientos es sin duda acertada ya que el Hotel La Provincia y otros de entonces dejaban mucho que desear. Así fue que cuando un año después el presidente Nicolás Avellaneda visitó la ciudad para inaugurar el tramo de ferrocarril desde Federación a Monte Caseros, se alojó en una casa en “los altos” del edificio de la firma Coll y Sardá, en calle 1° de Mayo n° 15, ante la falta de alojamientos dignos de tan ilustre visitante, mientras que la comida en su honor fue servida en la escuela de varones ya nombrada.

Desde 1882 los sucesivos locales del Casino Comercial fueron sede de banquetes y reuniones sociales y desde 1905 en sus salones se celebró la cena y baile de gala con que se inauguraba la muestra anual de la Sociedad Rural, de gran relevancia regional económica y social. Transformado en Club Progreso a partir de 1910, en su gran salón del primer piso se celebraron banquetes, bailes, conciertos y veladas artísticas para celebrar las fiestas patrias y para agasajar a visitantes ilustres, artistas y funcionarios, que por años fueron alojados en casas de familias pudientes de la ciudad.

Claude Boudot, (1878-1961) inmigrante francés llegado a Concordia en 1890, anotó en su cuaderno de viaje que esta *“no era más que una triste ciudad de una decena de miles de habitantes y calles estrechas cuyo pavimento en muchos lugares dejaba crecer el pasto; casas bajas, infortunada línea de tranvías tirados por caballos flacos. (...) En una palabra, una ciudad sin un encanto de ninguna especie. Y agrega: Había algunos hoteles, pero ninguno podía ser considerado en esa categoría.”* El mismo cronista narra treinta años más tarde: *“Concordia es una ciudad limpia en el centro, bien adornada, de grandes construcciones, y el lujo -cosa desconocida entonces- comienza a invadir un poco todas las clases de la escala social.”*

En 1902 Evaristo Carriego (hijo del coronel homónimo que fue uno de los impulsores de la fundación de Concordia), integrante de la comitiva que acompañó al gobernador Leónidas Echagüe, relata un viaje de Paraná a Concordia, en una nota de ácido tono crítico, que se torna meloso y fatuo lenguaje cuando asume el rol de cronista oficial. Durante el viaje en tren la comitiva disfrutó de *“un excelente almuerzo en el que no escasearon ni los buenos manjares, ni los buenos vinos, ni los buenos cigarros”*, relata, sin nombrar los platos servidos. (Carriego, 1967).

Al arribar, mientras que las autoridades fueron hospedadas por el Coronel Anderson en su residencia particular, el resto de la comitiva se alojó en el Hotel Colón, por entonces el mejor establecimiento hotelero de la ciudad, donde a la noche participaron de una cena.

Anota Carriego: *“Aproveché la ocasión que se me ofrecía de ir a conocer la ciudad más comercial y progresista de Entre Ríos. Había sido invitado a la inauguración del ferrocarril a Concordia (...) Terminado el acto de la inauguración, subimos a los carruajes que la comisión encargada de hospedarnos tenía allí para conducirnos al Hotel “Colón”, donde debíamos alojarnos. (...) El hotel está situado en una esquina de la plaza principal, frente al oeste. Es un vasto edificio de dos pisos, con galerías al óleo (...) Sus habitaciones son bastante cómodas y regularmente amuebladas, pero no en número suficiente como para hospedar a todo un regimiento. (...) A la noche, llegada la hora de cenar, la comida fue servida en una de las galerías altas, donde estábamos alojados. Más de ochenta lamparitas de luz eléctrica la alumbraban profusamente. Los comensales que se sentaron a la mesa eran unos sesenta.”* (Carriego, op.cit).

Pero el menú decepciona a Carriego, que había imaginado que durante la estadía en Concordia estarían *de banquete corrido* y que además

serían *mantenidos a cuerpo de rey*, según sus palabras. Al respecto apunta: “*La comida, iniciada con unos fiambres más viejos que el hambre, fue muy mediana. No había más que dos clases de vinos, Ponte Canet y Sauterne. Nada de Oporto, nada de Jerez, nada de Champagne. Los postres reducidos a unas cuantas naranjas y otras pocas bananas. El café bien malo. Ni una tagarnina (cigarro pequeño) para los fumadores.*” (Carriego, op. cit).

Al día siguiente se inauguró la muestra de la Sociedad Rural y allí fue Carriego, a cumplir con su misión de cronista gubernamental. Tras los discursos, que elogia con generosidad, hubo una mesa servida con vinos y masitas, disfrutada con fruición por Carriego tras la cuestionada cena de la noche anterior. Por la noche la comitiva gubernamental fue agasajada con un baile en el Casino Comercial, que incluyó un *buffet froid* y bebidas.

Al emprender el regreso a Paraná, este cronista escribe: “*Concordia es una población bastante extensa y bien edificada. Sus calles son anchas y están pavimentadas de pequeñas piedritas mezcladas con arena. La ciudad está iluminada a luz eléctrica. (...) los alrededores son bellísimos. Un terreno accidentado donde se ostenta a cada paso el trabajo del hombre, (...). ¡Y qué vegetación exuberante! El naranjo, el olivo y la viña parece que hubieran encontrado allí el terreno más apropiado para el desarrollo.*” (Carriego, op. cit.). Nótese las coincidencias con la crónica sarmientina.



Ex casino Comercial (1919)

2. Del Hotel Colón a la nueva hotelería

Como en otras ciudades que contaban con puerto y ferrocarril, medios de transporte masivos durante décadas, en torno a fines del siglo XIX y principios del XX se construyeron en Concordia varios hoteles. El más antiguo, de mayor importancia y calidad de servicios fue el Gran Hotel Colón, aún en uso como tal. Ubicado en la esquina nordeste de calles Pellegrini y 1° de Mayo, es un edificio de dos plantas de carácter italianizante, también considerado un ejemplo tardío de la arquitectura confederal (Gutiérrez y otros, 1968). Mantiene intacta su fachada lateral, pero la principal, sobre la plaza, ha desaparecido en planta baja por irreverentes alteraciones, a excepción de su puerta de ingreso, bajo un gran balcón de mampostería y una importante marquesina.

Fue mandado construir en 1880 por Federico Zorraquin, primer intendente municipal de Concordia, en un lote fundacional (un sexto de la manzana) que había comprado un año antes a la sucesión de Waldino de Urquiza. Terminado en 1885, su planta alta fue usada como vivienda familiar y la planta baja la ocuparon los escritorios de la firma Zorraquin & Cía. Años después ocupó su planta alta el Casino Comercial, mientras en la planta baja se instaló un establecimiento de café y billares propiedad de Juan Chaumineaux, que al poco tiempo lo vendió a Santiago De Donatis y éste lo traspasó a Francisco Luchetti. En 1897 Serafín Garasino compra el edificio y lo destina a hotel. Otros dueños sucesivos fueron Sebastián Vila (1900); Manuel Molaguero (1902), quien hizo techar el patio central convirtiéndolo en gran salón de banquetes con palco para la orquesta; Luis Larigoitia (1911); Sanguinetti Hnos. (1919); Moratoria, Bergman y Cía (1939); Luisa A. L. De Metzger y la Sucesión de Domingo Isthilart.

En sus habitaciones se alojaron, entre otros, Carlos Gardel (1917); y los presidentes Marcelo T. de Alvear (1923), Roberto M. Ortiz, Pedro P. Ramírez y Juan D. Perón. (Marcó Muñoa y otros, 2001).

Se construyeron por entonces otros hoteles en la ciudad. Todos ubicados en lotes de esquina, mantienen un esquema similar: tienen dos plantas, con la recepción, comedor y bar en planta baja y las habitaciones en la planta superior.

Encajan en esta tipología el ex Hotel España, en calles Buenos Aires y La Rioja, cercano a la estación de Ferrocarril, que ha sido reciclado y se mantiene en uso como hotel; el Imperial Hotel, en Urquiza y Roque Sáenz Peña, propiedad de Antonio Baez, que tuvo un comedor muy apreciado por concordenses y visitantes, y durante algún tiempo funcionó como

anexo del Hotel Colón, que está parcialmente reformado, subdividido y desafectado de su uso original; el Hotel Londres (antes Universal), también cercano a la estación de trenes, en Carriego e Hipólito Irigoyen, que se convirtió en Residencial Colón hacia 1960 y permanece casi inalterado exteriormente aunque reformado en su interior.

El viejo Hotel Continental, luego llamado Central, de principios del siglo XX, en la esquina de calles 1° de Mayo y La Rioja, fue remodelado y ampliado en los años '40 con un lenguaje modernista, en boga en esos años. Funcionó hasta la década de 1980 y era una amplia casona de numerosas habitaciones en torno a un gran hall, mientras que la esquina, de dos plantas, incluía el amplio comedor en planta baja, que fue muy concurrido por décadas y funcionó luego en forma independiente del Hotel.

En 1934 Manuel Joaquín García Torres, nativo de Galicia, fundó el Hotel Buenos Aires, en un amplio edificio de principios de siglo de una planta, en un lote fundacional ubicado en la esquina noroeste de Pellegrini y Cnel. Espino. Tenía un comedor muy frecuentado por personal del ferrocarril y viajeros que llegaban a Concordia, dada su cercanía a la estación de trenes. Funcionó como hotel hasta 1975.

El Hotel Argentino, en la esquina de Pellegrini y Buenos Aires, algo más reciente, ocupó una amplia casona de principios de ese siglo adaptada para el nuevo uso. Su entrada, a través de un zaguán de piso de mármol blanco y negro en damero, estaba resaltada exteriormente por una gran marquesina de hierro y vidrio, aún existente, que le confería una cierta nobleza al sencillo edificio italianizante de una sola planta.

La segunda mitad del siglo XX vio nacer hoteles bajo nuevos conceptos: modernos y confortables edificios concebidos para satisfacer las demandas del turista actual. Entre ellos el hotel Salto Grande, edificio en altura con un comedor de variada carta, pileta y demás comodidades en pleno centro de la ciudad. Cercano a éste el Hotel Palmar, que cuenta desde su creación con casino y está construyendo un moderno edificio en altura en un gran predio; el Hotel San Carlos, de cuatro plantas con amplias habitaciones y pileta con vista panorámica al Río Uruguay, ubicado en medio de suaves lomadas junto al Parque Rivadavia; y cercano a la Represa de Salto Grande el Hotel Ayuí de singular enclave en un gran parque de pinos, con vistas a la Represa y el lago, amplia pileta climatizada y posibilidad de práctica de varios deportes.

Finalmente cabe destacar el Motel Concordia, primero en su tipo en la provincia, ubicado en la ruta nacional 14, acceso sur a la ciudad, que cuenta con un comedor de generosas dimensiones y pileta en medio de un

amplio terreno parquizado.

3. De las viejas fondas y fonderos a los restaurantes

Escasos testimonios escritos o documentales hemos encontrado sobre los lugares donde se servía comida en el siglo XIX. Quizás alguna foto color sepia, un aviso publicitario en alguna vieja publicación o los relatos de unos pocos memoriosos.

Vimos que Roberto Arena cita el “Club de Francisco Miret” que ocupó un rancho frente a la Plaza. A este “club con fonda, billares y pulpería” podemos asignarle el mérito de haber sido la primera casa de comidas de la que se tiene registro documentado.

En 1870, cuando Miret vendió su “club”, era propietario de una fonda y pulpería el vasco-navarro Juan José Michelena, quien poco después se asentó en Villaguay. El primer Censo Nacional, de 1869, lo registra con 42 años, de oficio pulpero y viviendo en Concordia junto a su esposa María Micaela Castiarena, del mismo origen, que oficiaba de cocinera, y sus cuatro hijos mayores. Su fonda estaba frente al lugar donde en 1874 se construyó la primitiva estación de Ferrocarril de Concordia. Lo sucedió en la explotación de la fonda otro matrimonio de vascos: Pedro Arricaberri y María Ithurralde, hasta comienzos de 1890, cuando tras la muerte de Don Pedro quedó su mujer al frente de la fonda, que pasó a ser conocida como “la fonda de Doña María”. Era lugar de reunión de obreros ferroviarios y viajeros que llegaban a la ciudad por tren, y llegó a ser conocido por el bacalao «a la bizcaína» de Semana Santa, los pucheros “a la española” de los lunes, las natillas y el arroz con leche “quemado”, entre otros platos sencillos servidos por Doña María, asistida por sus hijos y numeroso personal. Hubo después en la zona varios hoteles, pensiones y comedores relacionados con la actividad ferroviaria.

Cabe recordar que por entonces el grupo social que vivía en Concordia, como en otras ciudades entrerrianas, estaba constituido por criollos, muy sobrios en sus hábitos culinarios y de comida, y numerosos extranjeros llegados en su mayoría de países europeos.

¿Y qué comían estos *criollos sobrios*? “*La primordial alimentación era carne asada o hervida, es decir, lo más abundante y barato. Mate amargo, algunas veces dulce, y entre la gente más acomodada mazamorra, cuajada y algunas frutas silvestres con las cuales fabricaban dulces. El vicio de los hombres era el trago de alcohol, ya fuera*

ginebra, caña o anís y en ambos sexos, el consumo de tabaco.” (Bachini, 1973). La llegada de inmigrantes modificará gradualmente esta alimentación e incorporará platos diversos.

Durante gran parte del siglo XX los comedores de los hoteles fueron los lugares más frecuentados por viajeros y concordenses, principalmente los del Colón, el Imperial y el Continental, luego llamado Central. Hacia 1910, en la esquina sudoeste de calles Bartolomé Mitre y Córdoba (actual Hipólito Yrigoyen) funcionaba el Hotel y Restaurant Ideal, de Pedro Luchetti, en un edificio que aún está en pie, aunque reformado y adaptado para alojar oficinas públicas. Durante varias décadas, desde fines de los años '30, el Restaurant Bazarelli, en calle Entre Ríos al 500, la arteria principal de la ciudad, fue sinónimo de buen comer en la ciudad. Permanecen en la memoria de viejos parroquianos sus platos de pastas y salsas, así como su bien provista bodega. Contemporáneo de éste, el Restaurant Granaroli ocupó una vieja casona ubicada también en calle Entre Ríos entre las de Carriego y Coronel Espino, que tras años destinada a otros fines renació como Restaurante Salto hacia 1960.

En 1952 se instaló en Concordia M^a Genara P. Cot de Ornetti, (D^a Maruca) con un alojamiento y casa de comidas que llamó “El Refugio del Viajante” por la clientela que atendía. Antes había desarrollado la misma actividad en Chajarí junto a su esposo Julián Ornetti. Acompañada por sus hijas y yernos, durante veinte años atendió personalmente el negocio que funcionó en dos locales distintos (primero en H. Irigoyen 675 y luego en Pellegrini 377), y que llegó a ser conocido y apreciado por su plato principal, que variaba cada día: lunes, puchero criollo; martes, albóndigas con salsa; miércoles, zapallitos rellenos; jueves, ravioles con tuco; viernes, arroz con azafrán y pollo; sábado, milanesas y domingos, pastas. Todo elaborado en la casa, bajo la dirección de D^a Maruca. Uno de sus nietos, Francisco Mazza Ornetti, continúa hoy al frente de un restaurante en calle Roque Saenz Peña 119, donde se respeta el espíritu de la comida casera de D^a Maruca.

También varios clubes mantuvieron por décadas comedores abiertos a socios y no socios: el céntrico Centro Español y el Club Estudiantes, caracterizados ambos por sus sencillas comidas caseras; el Club Regatas, donde los días de llegada del hidroavión de Aerolíneas Argentinas almorzaban los pasajeros al llegar de Buenos Aires o antes de partir; el Concordia Golf Club, cuyo comedor se habilitaba los fines de semanas y en días festivos; el Club Progreso, con amplias terrazas en verano y sus elegantes salones donde en invierno arden los leños en sus estufas; el Club Vasco

Argentino, caracterizado por las carnes y pescados a la parrilla.

Lion d'Or fue la primera pizzería de la ciudad y por años la única, ubicada en la esquina de Pellegrini y Buenos Aires, que inauguró su nuevo local a principios de la década de 1960.

La segunda mitad del siglo XX trajo a Concordia restaurantes modernos, de cartas variadas y con gran capacidad. Uno de los primeros en su tipo fue El Ciervo, de Lapiduz Hnos., en un amplio quincho de techo de paja con mucho confort interior, ubicado fuera del área central, sobre el acceso norte a la ciudad. Este local albergó después un Salón de Fiestas y el primer Casino de la ciudad. Años después La Capilla, de Lorenzo Piñeyrúa, en un modernizado y muy confortable local céntrico, ofrecía una variada carta de cocina internacional y una cocina esmerada. En la avenida Costanera son numerosos los comedores que desde hace décadas funcionan durante la temporada veraniega, entre los cuales los más antiguos son el del Club de Viajantes, que ofrece parrilla y minutas, y la Parrilla Ferrari, con una amplia oferta en carnes que va de los pescados de río al cabrito serrano.

4. Concordia en las guías

En 1907 una guía comercial registra en la ciudad seis restaurantes y ocho hoteles, además de seis agencias marítimas, un teatro, una academia de Bellas Artes, siete salones de lustrar calzados, doce sastrerías y diecisiete sombrererías, dos empresas telefónicas, una usina eléctrica y setenta y tres vitivinicultores.

En una publicación de 1914 (cit. por Luis M Medina, 1977) que incluye información sobre varias ciudades argentinas entre las que está Concordia, leemos que al desembarcar en su puerto “*ya se ven los portavoces de la riqueza que se encierra tierra adentro (...): los automóviles*”. Se describe luego la plaza principal, alrededor de la cual «*se hallan las principales oficinas públicas, comercios y hoteles*». Se detiene en el edificio que ocupaba el Club Progreso, “*provisto de muchos salones que se destinan para varias reuniones. Entre estos salones hemos admirado el que se reserva exclusivamente para bailes o saraos, cuya extensión es ostentosa*”. Este Club tenía un comedor “*exclusivo para socios*”.

Se atribuye a “*los vascos, que es la raza que prevalece en Concordia, la fuerza propulsora que ha realizado aquí toda esa gran obra de bienestar: cómodos edificios, suntuoso centro social, dos teatros, mag-*

níficos automóviles, varios salones de cinematógrafo, etc., etc.” (Medina, op. cit).

En 1915 el Anuario Kraft consigna que la ciudad era «*una de las más importantes del litoral, con un puerto de gran movimiento*”. Había entonces cinco casas bancarias, tres diarios y siete hoteles: el España, el Comercio, el Imperial, el Argentino, el Colón, único que ya ofrecía agua fría y caliente en sus baños, según el aviso incluido en el Anuario, el Victoria y el París, además de la Pensión Continental. Cuatro teatros ofrecían una abundante oferta de espectáculos: frente a la plaza principal el “Olegario V. Andrade”; el “Beñatena” ubicado en calle Alberdi, donde hoy está el Club Vasco Argentino; el “Odeón” en calle Entre Ríos, después transformado en Cine y el “Variedad» en calle Urquiza.

Como dato curioso, este Anuario comenta bajo el rótulo de «Otras Obras», que “*en el momento actual Concordia atrae sobre sí la mirada de los hombres de capital y de trabajo, con el colosal proyecto de la Empresa Mollard, sobre aprovechamiento de la fuerza hidráulica del Salto Grande, gran cascada de agua del Río Uruguay (...) que cuenta ya con la aprobación de los gobiernos Argentino y Uruguayo.*”

En 1922 se publicó bajo el pomposo título de *El Libro de Oro*, una Guía Social de Concordia (Héctor Seriti, 1922) de pequeño formato, con información útil para el viajero que llegaba a la ciudad. Se citan tres bancos y cuatro consulados extranjeros que entonces había en la ciudad, pero nada se dice sobre hoteles o casas de comidas.

Otra guía editada en 1929 (Arturo Mouliá, 1929) aporta datos sobre la ciudad y otras localidades del Departamento, incluyendo información sobre el comercio, la industria, la hotelería, sociedades civiles, oficinas públicas nacionales y provinciales, y datos estadísticos varios.

La oferta de servicios de hotelería era ya abundante y variada. El Gran Hotel Colón, de Carlos Sanguinetti y Hermano, *frente a la Plaza Principal*, seguía siendo el establecimiento más prestigioso de la ciudad. Tenía como anexo al Imperial Hotel, en la esquina nordeste de Urquiza y Jujuy (hoy Roque Sáenz Peña) y ofrecía “*departamentos con baños, elegancia y confort, agua caliente y fría en todas las piezas*”, además de comedor *á la carte* y servicios de *buffet froid* para ágapes y fiestas familiares. Había entonces en la ciudad otros nueve hoteles. Ellos eran: Hotel Federal, en Entre Ríos 732; Hotel 25 de Mayo, en Entre Ríos 357; Hotel Comercio, en Urquiza 513; Hotel Internacional, en Urquiza 431; Hotel Continental, en 1° de Mayo 185; Hotel Buenos Aires, en Pellegrini 408; Hotel Universal, en Córdoba (hoy Hipólito Irigoyen) y Gualeguaychú (hoy

Carriego); Hotel Ideal, en B. Mitre 143; Hotel La Porteña, en Rivadavia 352 y Hotel Florida, en Rivadavia entre Jujuy (R. Sáenz Peña) y Gualeguaychú.

La ciudad tenía dieciséis centros y clubes: Centro de Cultura Femenina; Centro Español; Club Progreso; Club Social “San Martín”; Concordia Cricket Club; Concordia Golf Club; Lawn Tennis Club; Club Vasco Argentino; Club Unión Católica; Club Regatas Concordia; Club Atlético Libertad; Club Atlético Victoria; Club A. Sarmiento; Club A. Wanderer’s; Club A. Columbia; Club A. Peñarol y casi la mitad de ellos tenían comedores en sus sedes, donde se servían comidas habitualmente, siendo muy concurridas las cenas en vísperas de las fiestas patrias y para la época navideña.

El menú de la Cena de Navidad servida en el Concordia Golf Club el 24 de Diciembre de 1930 (*Diner Dansant de Noël*) incluyó los siguientes platos: como entrada *Dindoneau Chatelaine*, acompañado de *Crème Saint Germain*, el plato de pescado de río fue *Delices de Pejerey au vin blanc*, al que siguió un plato principal de carne: *Tournedos Prince Albert*. En tanto los postres fueron dos: *Desserts assortis* y una *Corbeille de fruits*. Las bebidas, incluyeron *Vieux Vins*, sin especificar marcas ni tipos, y *Champagne Perrier-Jouet*, para terminar con *Cognac* junto con el café de sobremesa. Ya en esos años y en una pequeña ciudad de provincia lo francés era bien visto a la hora de cenar. Y aunque había un plato de pescado de río, el ejemplar elegido no era común en el río Uruguay a la altura de Concordia.

5. Dos iniciativas precursoras

Finalmente creemos oportuno citar dos tempranas acciones que constituyen otros tantos antecedentes del futuro desarrollo de la actividad turística en Concordia y su región. La primera data de fines del siglo XIX y tuvo como protagonistas a un grupo de estudiantes del Histórico Colegio del Uruguay, acompañados por el educador José B. Zubiaur, mientras que la segunda, cuatro décadas más tarde, devino en la creación de la Comisión Pro-Turismo en el ámbito municipal y la celebración de una Semana de Turismo.

5.1. Turismo estudiantil

Del 14 al 16 de abril de 1892 Concordia recibió «la primera excursión escolar argentina», según relata Antonio P. Castro. Un grupo de estudiantes y profesores del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay, encabezado por su rector, el Dr. José Benjamín Zubiaur, llegó por tren desde la ciudad histórica el día 14.

La delegación vivió tres jornadas de intensa actividad. El primer día visitó la fábrica de alcoholes de Magriñá y Comas y el establecimiento anexo donde se fabricaban aceites de tártago y maní; la fábrica de hielo de Oliver, Budge y Compañía; la fábrica de conservas de lenguas de cordero de Stuart A. Kelly y la gran fideera a vapor de J. Tealdo. El día 15 el grupo viajó por tren a Federación, donde visitó viñedos y una curtiembre y regresó a Concordia por la tarde; y el tercero por la mañana visitó Salto, República Oriental del Uruguay, donde recorrió los viñedos del vasco Harriague. Por la tarde, ya de regreso en Concordia, visitó el astillero de Domingo Giuliani y culminó su estadía en la ciudad con una velada literario-musical en el teatro Beñatena, primera sala teatral de Concordia, tras lo cual al día siguiente emprendieron el retorno por tren a su lugar de origen. La excursión mereció encomiosos comentarios del Dr. Zubiaur, quien sin embargo no da noticia sobre el lugar en que se alojó el grupo ni dónde tomaron sus comidas.

5.2. La Comisión pro turismo de Concordia

El 11 de mayo de 1936, cuando la ciudad tenía 52.000 habitantes, fue creada la *Comisión Pro Turismo de Concordia*, mediante decreto firmado por el entonces intendente municipal, Dr. Domingo A. Larocca. La presidió el coronel Arturo Rawson y la integraron el Dr. Pedro Sauré y los señores Yorio, Pierri, Zavalía, Costa, Arruabarrena, De Donatis y Thompson.

Esta Comisión editó un folleto ilustrado sobre las bellezas de la zona, el que fue distribuido en todo el país. Al describir los recursos y atractivos turísticos de la ciudad y alrededores se enumeran los servicios públicos “*de primer orden, calles bien pavimentadas, edificios de bella arquitectura, obras sanitarias, tranvías eléctricos, bibliotecas, museos, parques públicos hermosos, ómnibus (...) 80 bodegas con un rinde de más de 3.000.000 de litros de vino anuales, y la plantación (de cítricos) de la llamada Pampa de Soler, considerada la mayor del mundo hecha por la mano del hombre (...).*”

Se instituyó la Semana de Turismo del 26 de septiembre al 4 de

octubre de aquel año, en coincidencia con la celebración de la muestra anual de la Sociedad Rural que “*constituye el más grande acontecimiento social, comercial e industrial de esta población*”. Durante esa semana se inauguró un tramo de la Avenida Costanera que se denominó Julio A. Roca y se corrieron en el Hipódromo de Cambá Paso *Las Mil Millas de Concordia*, organizadas por la Asociación Automovilística creada en aquel año.

Bibliografía

- Poenitz, E. L. W.: *La ruta oriental de la Yerba*. IRICC. Cuadernos de Estudios Regionales, Concordia, 1981.
- Aguirre, Francisco de, *Diario de Viaje por el Río Uruguay*, 1796.
- Mc Cann, William: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Solar / Hachette, Buenos Aires, 1969.
- Castro, Antonio P.: *Faustos comentados de Concordia, 1870-1920*. S/d.
- Arena, Roberto: *Primeros asentamientos en la Villa de La Concordia*, Editores del Litoral, Concordia, 1995.
- Sarmiento, Domingo F.: *Obras Completas*, Tomo XLII, «Costumbres y Progresos: Lugares de Recreo», Edic. de 1953.
- Carriego, Evaristo: *De Paraná a Concordia*, (publicado originalmente en la revista «La Actividad Humana» de Paraná, en 1902) en *Crónicas de Entre Ríos*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1967.
- Gutiérrez, Ramón y otros: *La Arquitectura de la Confederación en el Litoral Fluvial*, UNNE, 1968.
- Marcó Muñoa et. al.: *Los vascos en Entre Ríos*. Editorial de Entre Ríos, Paraná, 2001.
- Bachini, Elsa B.: *Conferencias – Aporte a la Historia de Gualaguaychú* (Edición Homenaje) Gualaguaychú, 1973.
- Medina, Luis M.: *Recopilación Histórica de Concordia*, Editores del Litoral, Concordia, 1977.
- Seriti, Héctor: *El Libro de Oro – Guía Social de Concordia*, Año II, 1922.
- Mouliá, Arturo: *Nueva Guía de Concordia*, Imprenta Seguí, Concordia, 1929.

Sobre el autor

Ricardo Aníbal Marcó Muñoa es Arquitecto (Universidad Nacional de Buenos Aires).

Docente en la Facultad de Ciencias de la Gestión de la Universidad Autónoma de Entre Ríos, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Santa Fe y en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional del Litoral. Es Responsable del Área de Infraestructura del Consejo General de Educación de la Provincia de Entre Ríos. Asesor Honorario de la Comisión Nacional de Museos y de Monumentos y lugares Históricos.

Tiempo de Gestión